

Herencia y cambio en la historia



JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

La cultura es producto de la herencia, dado que los seres humanos, desde los más remotos inicios, se aseguraron de transmitir a sus vástagos los conocimientos y experiencias que les habían permitido adaptarse a un medio y solucionar los diversos problemas que la vida plantea, junto con las formas que habían descubierto para mitigar sus miedos e inseguridades y las interpretaciones que elaboraron sobre sus orígenes y el mundo que los rodeaba. Por tanto, historia y educación han resultado de esa herencia, de ese empeño por guardar la memoria útil que guíe a las nuevas generaciones en su paso por la vida y que les dé un punto de partida para encontrar nuevas respuestas a viejos y nuevos retos. Esto ha asegurado que los seres humanos acumulen saber, ideas y creencias, que en transformación continua durante innumerables generaciones ha dado origen a todo ese amplio complejo que llamamos cultura.

No es fácil analizar la experiencia de transmisión cultural, pues se trata de un hecho muy complejo. Las herencias culturales no responden sólo a transmisiones directas, ya que siguen vericuetos insospechados cuyo examen resulta casi imposible de efectuar. Algunos estudiosos, al observar semejanzas culturales (en arquitectura de templos, ideas religiosas o soluciones sociales), las atribuyen a un difusionismo cultural, procedente de un mismo tronco común, aunque resulta más lógico que esas formas sean el resultado de la uniformidad de la especie humana que, aunque habite en diversas partes de la tierra, comparte facultades y limitaciones físicas y mentales y, por lo tanto, aventura respuestas semejantes.

Muchas huellas de la cultura heredada —por ejemplo las del lenguaje, las costumbres, las creencias y los símbolos— resultan de una memoria de siglos y pueden perderse repentinamente, como parece estar sucediendo con el lenguaje en nuestros días, por lo menos para un observador no profesional como yo. Cuando era pequeña, en la Ciudad de México se utilizaban muy comúnmente algunas expresiones que incluían palabras nahoas, como “come cuitla” y dichos que recordaban experiencias históricas españolas como “vio moros con tranchetes” y “tomó las

de Villadiego”, que hoy los jóvenes casi seguro no comprenderían, pero que mostraban con claridad el punto hasta el cual en nuestro lenguaje estaba presente la memoria histórica, aunque hubiéramos perdido la exacta asociación de su significado. La referencia a los moros, transmitida seguramente mediante el lenguaje de los conquistadores y los autos sacramentales utilizados por los frailes para cristianizar a los indios, ha permanecido viva en el folclor mexicano, en bailes rituales, en máscaras y, desde luego, en los dichos.

En México, la historia ha dejado huellas de las experiencias pasadas que se sienten y se ven en todos sus rincones, sin duda con especial intensidad en el centro y en el sur, pese al efecto de los cambios bruscos producidos por la industrialización y, en particular, los de la globalización producida por los medios de comunicación en las décadas recientes.

Los historiadores no somos especialistas en esta clase de rastro de costumbres o creencias, pero podemos especular respecto a cómo la historia deja rastros a pesar de profundos cambios. Una experiencia histórica tan rica como la mexicana, sin duda implica el enorme y variado legado recibido de nuestros antepasados indígenas, mezclado con el complejo hispánico. Así, por un lado el origen de nuestro patrimonio cultural se remonta a la cultura madre olmeca y también a la de los greco-romanos, hebreos, fenicios, godos, árabes y quién sabe cuántos más elementos.

La herencia indígena es múltiple y seguramente está presente en más campos que los que se han explorado. Resulta obvia en las palabras que denominan lugares, ríos, montañas, flores, animales, etcétera, en las costumbres gastronómicas, en el gusto por las flores, los colores, pero también en la sensibilidad y las actitudes, así como en los defectos y las virtudes. Los casi desconocidos olmecas seguramente nos transmitieron el gusto por lo monumental, el empeño por ganarle terreno al bosque para ampliar los sembradíos, las habilidades plásticas y los ingredientes de la dieta básica. Así, el gusto por el chile, el frijol y el maíz ha sido persistente y, combinado con el que se experimenta por el aceite y otros ingredientes importados por los españoles,

se transformó en deliciosos platillos que han resistido esfuerzos cíclicos por cambiarlos o sustituirlos, tanto en la Colonia como en la era nacional.

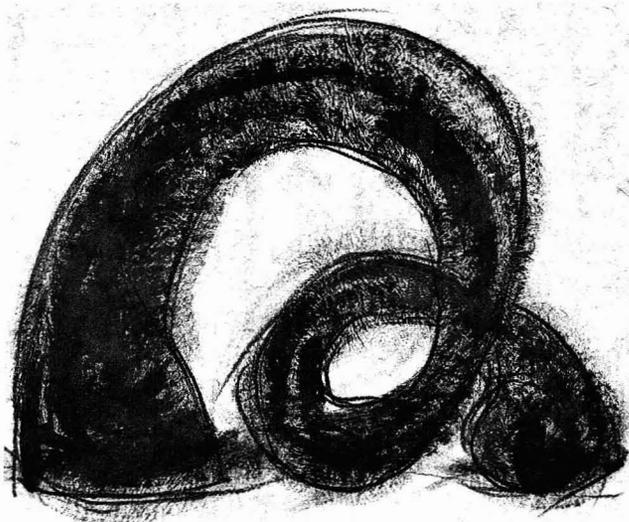
Otras herencias resultan más complejas. Un fascinante texto reciente de Enrique Florescano, "La creación de la bandera nacional: un encuentro de tres tradiciones", nos informa sobre el complicado proceso por el que ciertos mitos y explicaciones se combinaron para dar lugar a nuestros viejos símbolos nacionales. Nuestra tradicional águila sobre un nopal devorando a una serpiente, que siempre vemos como el símbolo de la fundación de Tenochtitlan, en realidad surgió de una larga evolución que combinó diversos elementos mesoamericanos. El nopal "evoca el árbol cósmico, un símbolo de uso general en Mesoamérica", cuyas frutas tienen "un lugar destacado en la iconografía sacrificial de los mexicas porque representa el corazón humano y más precisamente el corazón de los guerreros sacrificados". El águila, la imagen del sol, un ave depredadora que, al devorar una serpiente, símbolo de la fertilidad de los pueblos agrícolas, "alude a la victoria del sol sobre sus enemigos y expresa el triunfo de los guerreros", es decir, "la representación de los mexicas y de los guerreros, quienes derrotaron a los antiguos agricultores que poblaban el valle de México". El interesante relato de Florescano nos conduce a través de la Colonia para seguir el proceso de transformación y resurgimiento del viejo símbolo de la Ciudad de México que "lucha" para imponerse al escudo que le asigna Carlos V. La herencia tenochca se aseguró una primera victoria al mantenerse México como nombre de la nueva metrópoli y al dilatarse su aplicación espacial por utilizarse también para nombrar al Golfo de México, al territorio de Nuevo México, etcétera, lo que tal vez contribuyera a que el viejo símbolo del pueblo del sol se sobrepusiera primero a la heráldica hispánica, después terminara por sustituirla y, a lo largo del tiempo, permaneciera.

Sometido el "imperio" mexica, parecía natural que desapareciera su símbolo, pero la memoria de la gran ciudad permitió que se preservara. El águila empezó por aparecer en portadas y retablos de iglesias y, para el siglo XVIII, en un grabado en metal de Miguel de Villavicencio, se había fundido con el símbolo criollo por excelencia: la virgen de Guadalupe. En esta imagen, la guadalupana aparecía posada sobre el águila, el nopal y la serpiente, con lo que el viejo símbolo del pueblo guerrero adquiría un sentido más amplio en el empeño novohispano por afirmar su identidad. El cambio para convertirse en símbolo de la nueva nación que se independizaba en 1821 estaba asegurado, y luego se reforzó al elegirse México como nombre de la misma.

Pero podemos especular más ampliamente para sugerir que la atracción ejercida por la Ciudad de México como punto de inmigración está relacionada con la que tuvo el valle a lo largo de la historia. La cautivadora cuenca hidrológica, con sus gigantes lagos y múltiples ríos, invitó a muchos pueblos a converger hacia sus riberas y, al agotarse el espacio de éstas, como siguieran llegando inmigrantes, éstos se instalaron en el área lacustre, ampliando los islotes con otros artificiales que, a lo largo de los siglos, terminarían por disecar los lagos hasta trans-

formarlos en la metrópoli gigantesca de hoy en día. No sé si habrá otros ejemplos de similar irracionalidad ecológica que liquidó recursos tan invaluable como ese conjunto de lagos, en un país aquejado por una gran sequía en gran parte de su territorio, y que se remató con el entubamiento de sus ríos para convertirlos en vías rápidas de comunicación terrestre. Hoy, después de consumado el desastre, buscamos reconstruir parte del lago de Texcoco y rescatar los canales de Xochimilco, utilizando en parte viejas técnicas indígenas que los pobladores chinamperos han mantenido vivas.

Pero hay otras muchas huellas de herencias culturales. Los viejos calpullis de México-Tenochtitlan y los pueblos ribereños se convirtieron en barrios. Éstos, al igual que el *calpulli* había contado con templo y dioses particulares, tuvieron sus iglesias y santos propios, con sus festividades particulares, de los que



todavía quedan algunos rastros en los pueblos absorbidos por la ciudad y en los restos de los barrios sobrevivientes de la "modernización". Las fiestas de los santos patronos están vivas en plena ciudad y San Ángel celebra el mes del Carmen y Mixcoac el de san Juan, con sus puestos, música, cohetes, luces y misas. Al centro mismo de la gran capital, el día de Corpus, llegan a la catedral niños vestidos de inditos, con sus huacales y mulitas. De igual manera, los viejos barrios se empeñan en bañar a los vecinos y quemar judas el Sábado de Gloria. El gusto por los *cuetitos*, impuesto en la época de la Colonia para favorecer al estanco de la pólvora, por su parte, a pesar de los accidentes que frecuentemente provoca en una ciudad tan grande, afectada además por la contaminación, ha resistido toda reglamentación y persistido como parte importante de toda celebración popular. De otras tradiciones heredadas de la Colonia, como las posadas, quedan sólo residuos, que incluso hemos exportado: así, las famosas piñatas han pasado a ser parte de las fiestas infantiles de cumpleaños.

En muchas partes del país se ha preservado la idea de que todo humano cuenta con un nahual —un animal protector que lo acompaña desde su cuna— y prácticamente a todo lo largo de

su territorio se ha mantenido un culto y una relación cercana con la muerte. Es difícil rastrear los orígenes de algunas ideas y creencias, entre ellas esta peculiar actitud mexicana ante la muerte, que nos permite bromear acerca de ella y que, sin duda, contrasta con la seriedad que merece en el mundo mediterráneo.

La ciudad, a pesar de los estropicios de que ha sido objeto, aún guarda legados del pasado por todas partes. Algunos de los viejos barrios artesanales mantienen sus especialidades, al igual que la vieja costumbre de que plomeros, albañiles, pintores, yeseros, etcétera, ofrezcan sus servicios en las rejas de Catedral. Las viejas parcialidades chinamperas han defendido su identidad de los ímpetus modernizadores de los hombres de la Reforma y de la Revolución, representados por los intereses de los especuladores de terrenos, aunque muchos terminaron por perder la partida. En el libro de Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la Ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, podemos seguir la dramática historia de esas parcialidades, víctimas del empeño de convertir a sus habitantes en propietarios individuales primero y después, merced a la expansión y la especulación urbanas, de la enajenación de sus propiedades y su forma de vida. Lira menciona cómo los habitantes de la Magdalena Mixhuca, al perder su carácter chinampero, se aferraron a una parte de su forma de vida y se convirtieron en comerciantes de legumbres hasta que la construcción de la Ciudad Deportiva liquidó por completo su vocación tradicional.

La pérdida de identidad de los barrios ha sido costosa, pues ha llevado a sus habitantes a perder las ligas que los unían y que servían para preservar el orden y facilitar la convivencia. Tal vez ello resulte irremediable en el mundo moderno.

Es una lástima que hayamos heredado de nuestros antecesores indígenas la obsesión —causa de su gloria y de su decadencia— de que la capital sea centro de todo y lo contenga todo. Tito Guízar hizo popular aquella canción, hoy casi increíble, que exageraba en estos términos la grandeza de la capital: “pues como dice el refrán, que saliéndose de México toditito es Cuautitlán, pues aquí está lo principal: Chapultepec, Xochimilco y sobre todo el Tepeyac”. En cambio, en el camino se perdieron la austeridad y la limpieza mexicana, dos ingredientes que nos permitirían sortear hoy por hoy los problemas de la crisis y los de una ciudad que se convierte en un gran basurero.

Si en el fanatismo religioso popular se mezclan las dos herencias, el tradicional anticlericalismo es de cepa hispánica. La brutalidad con que Hernán Cortés castigó la blasfemia, tan común entre los católicos españoles e italianos, preservó a los mexicanos de ese feo legado, pero no de otros males que nos vinieron de allende el mar. Los imperativos financieros de Felipe II derivados de sus aventuras bélicas establecieron la funesta práctica de vender los cargos municipales, de la cual surgió luego la de considerar los puestos políticos como una inversión explotable, hábito que convirtió a la corrupción en un fenómeno “natural”. Esto, junto a los complicados procesos de trámite administrativo impuestos por la compleja burocratización hispánica, generaron también la necesidad de sortearlos mediante propinas. Así, las

mordidas han llegado a arraigar a tal grado en la vida mexicana que hoy no sabemos cómo desterrarlas.

Otra práctica común durante la Conquista, la de asignar a españoles provenientes de clases populares —como recompensa a sus hazañas— encomiendas o repartimientos de indios, dejó otra herencia funesta que mucho pesa: ver con desprecio el trabajo manual y tener más aprecio por los diplomas que por los conocimientos. Esta actitud desconoce vocación y aptitudes e infunde la convicción de que todo estudiante fracasa si no llega a la universidad, equívoco fuente de grandes frustraciones. En cambio, la tradición hispánica de preservar cierto *status* familiar asegurando que un miembro se incorporara al clero y otro al ejército sí se perdió, pues la secularización de la vida terminó con esas vocaciones.

Podemos en cambio vanagloriarnos todavía de haber preservado una que otra buena institución o costumbre. Es curioso que la urbanización acelerada de México no haya terminado por destruir la familia extendida. A pesar de la fragmentación de la sociedad, en nuestro país no se ha consolidado la segregación de generaciones y en la vida cotidiana se mezclan todavía viejos, adultos, jóvenes y niños, y aún los hijos se preocupan por sus padres, aunque no sabemos cuánto durará este comportamiento ante los cambios impulsados por la televisión. La gran familia se considera como un elemento positivo, ya que constituye un mecanismo de protección de los individuos, en especial en tiempos de crisis.

No todas las herencias recibidas del pasado son positivas, mas la preservación de la cultura es imprescindible para saber quiénes somos y para poder comunicarnos con seguridad con los otros. Muchas veces hemos despreciado lo nuestro y buscado afuera e imitado soluciones y prácticas ajenas. Este impulso destructivo nos llevó a liquidar buena parte de nuestro patrimonio cultural, sobre todo el colonial. La capital de México, alguna vez considerada Ciudad de los Palacios y celebrada por su grandeza, fue víctima de embates secularizadores y modernizadores. La nacionalización de los bienes del clero dio base para una primera mutilación de la urbe, multiplicada en nuestro siglo por la especulación desenfrenada que destruyó bellos edificios para procurar espacio a horribles construcciones y ampliar calles. Con la anulación del Ayuntamiento de la ciudad y la creación del Departamento del Distrito Federal dependiente del Ejecutivo federal, el nombramiento de su regente pasó a ser un trámite político que dio entrada a los Casas Alemán, Uruchurtu, Hank, con su modelo de ciudad que parecía ser Los Ángeles o Houston, con los desastres de lesa metrópoli consiguientes. El empeño de estudiosos del arte, sociedades protectoras y arquitectos conscientes ha logrado despertar conciencia respecto al valor de esa herencia no renovable y la necesidad de preservar lo poco que hemos dejado, pero no ha logrado imponer una reglamentación urbana que impida su desordenado crecimiento. Si ponderamos nuestros legados, tendremos una base más firme para construir un futuro de mayor solidez, pues sabremos desarrollar nuestras capacidades en lugar de pedir prestada una personalidad que nos resulta ajena. ♦